

La mordedora

Dedicado a Lucrecia Martel

y su película *La Ciénaga*

No pasa nada
es decir que pasa todo,
todo el mal que es hueco.

No pasa nada
salvo estas horas,
enajenadas.

Y sin embargo
va a pasarnos algo,
y no será un milagro.

El niño reprimió su curiosidad durante días, semanas, acaso meses. La pared frenaba su impulso, lo suspendía una y otra vez; además, en algún momento, del otro lado, dejaba de ladrar el perro.

A su alrededor la vida continuaba, lenta, atávica, adormecida. Las figuras, absurdas como las de un sueño, transitaban los recorridos del tedio: mamá demoraba una escapadita con una amiga; papá, se teñía el pelo. Entre las tramoyas nuevas de los viejos vicios y los ritos mecánicos se arrastraba el tiempo... Allí, y entonces, nada

tenían que hacer los hombres, el mundo estaba dado de una vez y para siempre por los dioses torvos y por sus cruces, y sólo sus milagros iban a revivirse en la oscuridad de las conciencias, y en la humedad de las paredes...

Ajeno a todo, el niño, concentraba su interés detrás del muro; en aquel lugar lejano ladraba el perro, y esa brama gruñona lo avasallaba. Su rostro inocente se endurecía y resuelto en el frío de la mirada, trocaba en piedra. En el fondo del sueño decidía una salida en salto, cerca de la conciencia, la rechazaba. Siempre había escapado solo, salvo aquella vez, cuando su madre lo rescató con un llamado a tiempo:

-A comer –le había dicho –que se hace tarde...

Pero un día la decisión vulneró al miedo.

Había un bloque, que vaya a saber por qué estaba ahí, invitándolo a la trepada.

Entonces las piernas siguieron a los brazos en un solo movimiento y alcanzó la cima...

Hacia el otro lado, la pared era más alta, no esperaba eso, tampoco vio al perro.

El informe del forense dice *paro cardio-respiratorio, por depresión de masa encefálica, por traumatismo de cráneo, por caída de tapia.*

La muerte a veces ladra.

Miguel Marcos